

# ¿PULSION DE SABER U HORROR DE SABER?

Jesús Ramírez Franco<sup>1</sup>

## Resumen

Hablar sobre el inconsciente freudiano es remitirse a un saber del que no sabe, del que no se quiso saber en algún tiempo preciso; posteriormente, Freud postula la existencia de lo que llama pulsión de saber y que surge de la escucha de las interrogantes que acerca de la sexualidad se hace el infante y lo llevan a elaborar las teorías sexuales infantiles. Paradójicamente estas teorías sexuales ponen al sujeto ante la realidad de la castración ante la que reacciona con horror reprimiendo lo percibido. Tenemos pues en Freud dos posturas frente al saber: rechazo y búsqueda. Surge entonces la interrogante: ¿pulsión de saber u horror ante el saber? Esta pregunta es el eje en torno al cual gira este escrito.

**Palabras claves:** Inconsciente, pulsión de saber, sexualidad infantil, horror de saber, castración.

## Abstract

Talk about the Freudian unconscious is to refer to a knowledge of someone who knows, of which no one wanted to know in precise time and thereafter; Freud postulates the existence of what he calls impulse that comes from knowing and listening to the questions about sexuality is the child and take him to develop infantile sexual theories. Paradoxically these sexual theories place the subject before the reality of castration before which reacts with horror repressing perceived. We have two positions as in Freud versus namely rejection and search. The question then arises: drive horror of knowing or knowledge? This question is the axis around which this paper.

**Key Words:** Unconscious, knowledge instinct, infantile sexuality, horror of knowing, castration.

---

<sup>1</sup> Maestro en Psicología Educativa, vertiente psicoanalítica por el Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación. Profesor de asignatura de la Facultad de Psicología de la U.M.S.N.H. Miembro de Espacio Analítico Mexicano. Contacto: jesusrf68@hotmail.com

## INTRODUCCION

La humanidad ha sufrido tres heridas narcisistas, nos dice Sigmund Freud, de ellas, la tercera, fue poner al descubierto que el yo no es amo en su propia casa, que el inconsciente comanda los actos que parecían ser comandados por la conciencia. En tiempos de Freud consideraban que lo psíquico era la conciencia, a partir del surgimiento del psicoanálisis ya no podemos sostener tal concepción. La distinción entre consciente e inconsciente es uno de los puntos de partida básicos del psicoanálisis.

Cuando nos referimos al inconsciente no siempre aparece como evidente que eso inconsciente es un saber, que lo inconsciente de lo que da cuenta es de un no querer saber por parte del sujeto. Otra forma de decirlo es que en todas las formaciones del inconsciente emerge un saber del cual no se quiere saber. El saber al que se hace referencia en lo anterior no es el saber de la conciencia cotidiana; tampoco es el saber de la ciencia, comúnmente llamado conocimiento científico; tampoco es el tipo de saber con el que el alumno tiene que vérselas en la escuela y que se le exige, explícita o veladamente, aprenda. El saber que el psicoanálisis postula es un saber que surge de la experiencia subjetiva, que pudo tener su punto de partida en la realidad material pero que se sostiene en la realidad psíquica; sólo se tiene saber de aquello que ha gustado o disgustado, de lo que se tiene sabor y se <sabe de> en relación con alguna percepción, vivencia o experiencia de la vida y que ha sido rechazado de la conciencia. Saber parcial porque, en cierto modo, emerge de lo pulsional; saber que se construye a partir del Otro; saber que, en ocasiones, provoca terror y hasta horror, lo que motiva su rechazo, noción que está presente desde los primeros textos de Freud.

Freud postula en *Tres ensayos de teoría sexual* de 1905 la existencia de la pulsión de saber, que aunque no es básica, como si lo son las pulsiones oral, anal y fálica, estaría presente a partir de los interrogantes que el niño se hace acerca de la sexualidad y que lo llevan a elaborar teorías sexuales, construcciones de saber que en determinado momento se tornan amenazantes porque fuerzan al niño a extraer conclusiones de las que no quiere saber, y que se verá obligado a rechazar por el

horror que le provocan. Horror como sentimiento profundamente aversivo que variará de intensidad de acuerdo a lo terrible y espantoso que sea el saber puesto en cuestión, destacando por su magnitud y grado de amenaza a la integridad del sujeto, el horror a la castración. En Freud encontramos mencionada en diferentes momentos la noción de “terror” u “horror” a algo, sin embargo, el acento es desplazado de eso que es del orden de los afectos hacia el objeto causa, con lo que en cierto modo no hay una profundización de esa noción, aunque si una mención de ese estado en diferentes momentos de su obra.

La pulsión de saber trabaja con la forma sublimada del apoderamiento y la energía de la pulsión de ver provocó todo un revuelo en los ámbitos educativos, y se le dio el nombre de pulsión epistemofílica, había en ella la promesa de una relación apacible del hombre con el saber. Situación que finalmente Freud no avala ni terminológica ni conceptualmente, como veremos más adelante.

Así, el saber del sujeto puede, por lo que genera en él, tener varios destinos: ser admitido en la conciencia, lo cual cierra toda problemática investigativa; o bien, ser reprimido, desmentido o negado, lo cual abre todo un campo de investigación: el psicoanálisis. Lo común a estos tres últimos destinos del saber consiste en que él es apartado, rechazado de la conciencia por el horror que provoca al sujeto.

Tenemos pues en Freud dos posturas frente al saber, dos posicionamientos contrapuestos que merecen ser dilucidados para, finalmente, tal vez, concluir acerca de la pertinencia de cada una de ellas. Así es como surgen varias interrogantes que intentaremos dilucidar en el trabajo: ¿pulsión de saber u horror ante el saber? Esta pregunta es el eje en torno al cual gira este escrito y, a partir de ella se derivan otras: ¿hay posibilidad de compromiso entre las dos posturas planteadas por Freud? ¿Por qué se realiza tan grande esfuerzo para desconocer un saber? ¿Qué hay de amenazante, de peligroso, en ese saber? ¿Cuál es ese saber que se pretende desconocer? Ante todo esto ¿se sostiene el postulado de una pulsión epistemofílica propuesto desde los ámbitos educativos pero no por Freud? Estos son algunas de las interrogantes que intentaremos responder siguiendo la ruta trazada por el creador del psicoanálisis.

## 1. EL RECONOCIMIENTO DE LA DIVISION PSQUICA

Lo que señalamos arriba acerca de lo inconsciente y que hoy puede parecernos teóricamente transparente, no siempre se presentó de ese modo. Reconstruyamos someramente el recorrido del creador del psicoanálisis que lo conduce al reconocimiento de la división psíquica. Hubo un tiempo en que lo psíquico era considerado como una unidad, como un todo, sin embargo, ciertos hechos desmentían tal concepción. Por ejemplo, el individuo que padecía algún trastorno de naturaleza mental (neurosis) experimentaba su padecer como algo extraño a él mismo, algo ajeno que llegaba a avasallarlo, ante lo cual nada podía hacer y que no atinaba a explicar; algo similar ocurría con los sueños que por lo general resultaban enigmáticos al soñante, o, que de plano, eran rechazados considerándolos como algo ajeno.

Respecto a la neurosis, los médicos que la trataban no tenían noticia fundada acerca de las causas y los mecanismos de ese padecer, respecto a los sueños, su origen era atribuido a las causas más diversas desde cuestiones orgánicas hasta influencias extraterrenales. Ciertamente había teorías al respecto, pero ninguna de ellas proporcionaba herramientas eficaces para que el paciente dejara de sufrir. ¿Cómo enfrentar eso que se consideraba ajeno, tan ajeno que parecía que el sujeto no estaba de ningún modo implicado en ello?

Esto comienza a cambiar a partir del trabajo de los hipnotizadores del siglo XVIII y XIX y del trabajo de Charcot a mediados del siglo XIX. Él considera a la histeria una enfermedad hereditaria, de carácter nervioso y funcional, a partir del uso de la hipnosis para la creación de síntomas histéricos comienza a gestarse una nueva concepción de ese trastorno, lo cual cristaliza, por un lado, en los trabajos de Pierre Janet, su alumno, que postula la idea de una disociación de conciencia como origen y causa de la histeria; y, por otro lado, en Sigmund Freud, con Joseph Breuer de por medio, proponiendo la idea de una disociación psíquica que culmina con el postulado de lo inconsciente. Lo inconsciente como lo realmente psíquico.

El camino que sigue Freud y que lo conduce a ese reconocimiento parte del estudio de la histeria. En su tiempo, además de la etiología hereditaria, se reconocía como causa de la histeria un evento traumático, se consideraba que el agente eficaz para la producción de los síntomas había sido el trauma, en cuanto factor mecánico. Inicialmente Freud comparte esta concepción, sin embargo, a partir de su trabajo, se

deslinda de ella para afirmar *que tras los fenómenos de la histeria –la mayoría de ellos, si no todos- se esconde una vivencia teñida de afecto, y que además esa vivencia es de tal índole que permite comprender sin más el síntoma a ella referido,* a partir de esto propone la siguiente tesis: *Existe una total analogía entre las parálisis traumática y la histeria común no traumática, para concluir hoy ya nadie duda de que tampoco en el gran trauma mecánico de la histeria traumática es el factor mecánico el eficaz, sino que lo es el afecto de terror, el trauma psíquico* (Freud , 1893/1999: 32-33); a partir de él surge el síntoma y su determinación que, ahora reconoce, no siempre es clara: *No en todos los casos es tan clara la determinación del síntoma por el trauma psíquico. A menudo ella sólo consiste en una referencia simbólica* (Freud, 1893/1999: 35)

El trauma se produce por el acrecentamiento de la excitación en el sistema nervioso, para la conservación de la salud psíquica es necesario disminuir esa suma de excitación, *el acrecentamiento de la suma de excitación acontece por vías sensoriales, su empequeñecimiento por vías motrices, o bien por la reacción mediante palabras o por el procesamiento asociativo, la tramitación por medio de representaciones contrastantes...y así el afecto que originariamente estaba intensamente adherido al recuerdo pierda al fin intensidad, y el recuerdo mismo, ahora despojado de afecto, sucumba con el tiempo al olvido, al desgaste* (Freud, 1893/1999: 37-38). El problema del histérico, dice Freud, es que hay impresiones, recuerdos que han permanecido vivos y devienen patógenos.

¿Bajo qué condiciones un recuerdo deviene patógeno? En esta temprana época Freud postula dos explicaciones, la primera contiene el germen de la idea de defensa que después considerará válida, y la segunda, postulada por Breuer, acerca de los estados hipnoides y que será abandonada posteriormente. Respecto a la primera explicación sostiene que el recuerdo del trauma es de tal magnitud que no fue posible su tramitación mediante los modos arriba señalados: porque razones sociales no permiten la reacción o porque la persona afectada rehúse la reacción, no quiera reaccionar frente al trauma psíquico. La segunda explicación se funda en la imposibilidad del sistema nervioso para manejar la suma de excitación a causa de que acontece en un estado de conciencia peculiar (estados hipnoides), lo que ocasiona que el afecto de terror producido por cierta vivencia quede fuera del

comercio asociativo con la restante vida psíquica del sujeto (Freud, 1893/1999: 39). A la vez que en lo anterior encontramos una explicación causal del fenómeno histérico, a grosso modo tenemos aquí planteado el modelo de funcionamiento del aparato psíquico, aunque de momento se hable del sistema nervioso, del estado hipnoide y la doble conciencia.

Un progreso enorme en la comprensión del fenómeno histérico y la enunciación, ya más clara, de la realidad, ya insoslayable, de la división psíquica ocurre cuando Freud en *Las neuropsicosis de defensa*, asevera que la histeria y la escisión de conciencia que la acompaña *es la consecuencia de un acto voluntario del enfermo (sic), vale decir, es introducida por un empeño voluntario cuyo motivo es posible indicar...* (Freud, 1894/1999: 48). *¿Por qué el sujeto pone en juego ese acto voluntario? Porque se presentó a su yo una vivencia, una representación, una sensación despertó un afecto tan penoso que la persona decidió olvidarla, no confiando en poder solucionar con su yo, mediante un trabajo de pensamiento, la contradicción que esa representación inconciliable le oponía* (Freud, 1894/1999: 49). A raíz de esta concepción la teoría de los estados hipnoides es desechada. Resalta, en cambio, el esfuerzo del yo para tratar como *Non arrivée* la representación inconciliable con él, lo cual sin embargo es insoluble ya que una vez acontecida la representación no se le puede extirpar (Freud, 1894/1999: 50). A partir de aquí es que cobra fuerza e importancia el concepto de represión (esfuerzo de desalojo); en lo sucesivo *la huella mnémica de la representación reprimida {esforzada al desalojo} no ha sido sepultada {unterbegen}, sino que forma en lo sucesivo el núcleo de un grupo psíquico segundo* (Freud, 1894/1999: 51), posteriormente llamado: lo inconsciente.

La explicación de la división psíquica se ha consumado. La represión, en cuanto defensa ante lo inconciliable, es una actuación, la interpretación de un papel por parte del yo, que pretendiendo mostrarse dominador y potente, queda más bien dominado e impotente. Dominado por el horror de algo que no puede permitirse contemplar. Estamos aquí ante las primeras enunciaciones de ese no querer saber de algo, del rechazo de una representación, mucho antes de la época en que Freud postulará una pulsión de saber.

## 2. SOBRE LO INCONCILIABLE Y EL FACTOR CAUSAL DEL HORROR

Hasta esta época, la indicación acerca de la naturaleza de la representación, así como del afecto adosado a ella, y que es inconciliable con el yo, en el caso de la histeria y la obsesión, es apenas mencionada: la vida sexual, lo que, en teoría, no excluye que pueda generarse en otro ámbito, aunque hasta ahora no ha encontrado un origen diferente (Freud, 1894/1999: 53).

Un año después, Freud publica un artículo donde otorga un peso mayor a la etiología sexual y completa la explicación acerca de la etiología de las neurosis actuales. El texto trata de la neurastenia y la neurosis de angustia, y en él está dispuesto a eliminar cualquier otra génesis que no sea la sexual en la causación de estos trastornos (Freud, 1895/1999: 100). En este momento, cuando Freud se refiere a la sexualidad la remite y la liga a prácticas que generan un agotamiento de la libido (poluciones espontáneas y masturbación) o a un insuficiente desfogue de la excitación (la abstinencia, *ejaculatio praecox*, *coitus interruptus* o *coitus reservatus*), fuentes del afecto angustiado.

Asociado al tema de la causa se encuentra una concepción que Freud comienza a desestimar: el papel de la herencia y su importancia en la causación de las neurosis mencionadas. Dice él: ¿qué aporta la herencia como factor etiológico?, siempre estuvo allí pero no ayuda a comprender la emergencia episódica de una neurosis ni su cesación por la acción del tratamiento; entonces, de qué depende que se contraiga una neurosis: de un factor cuantitativo, del lastre que ese factor constituye para el sistema nervioso en relación a su capacidad de resistencia; lo que pueda disminuir ese factor cuantitativo y hacerlo manejable posee eficiencia terapéutica (Freud, 1895/1999: 137). Encontramos aquí, de modo explícito, en esta referencia, la explicación acerca de cómo se produce el trauma, una explicación de cómo un evento toma por asalto al sistema aumentando hasta un nivel no manejable la excitación que puede causar la enfermedad y, a la vez, una indicación acerca de cómo opera el método que usa con sus pacientes.

En lo anterior, podemos notar que la sexualidad comienza a cobrar una importancia cada vez mayor y la herencia comienza a ser desestimada, aunque es difícil de eliminar: Freud la sigue mencionando en textos de épocas posteriores como un factor a considerar. En cuanto a su significado, la encontramos inicialmente como predisposición, luego se desliza hacia la idea de disposición (Freud, 1896/1999:

144), cuyo significado es: precepto legal o reglamentario, orden y mandato de la autoridad a ser obedecido por el heredero. Freud no explica este cambio de términos, sin embargo, a la luz de la segunda tópica, del enunciado: el superyó es el heredero del complejo de Edipo, se vuelve comprensible la conservación del factor hereditario, mas no como factor orgánico en juego, sino como herencia subjetiva. Ante la segunda tópica estas resonancias significantes adquieren una relación directa con la postulación de conceptos como el ideal del yo y el superyó.

Volvamos a la primera tópica. En las neurosis se encuentra afectada la economía nerviosa, este trastorno funcional tiene *como fuente común la vida sexual del individuo, sea un desorden de la vida sexual actual, sea unos acontecimientos importantes de la vida pasada* (Freud, 1896/1999: 149). Por otro lado, ese desorden o acontecimientos de la vida sexual determinan la forma de neurosis que desarrollará el sujeto: onanismo o poluciones espontáneas resulta en neurastenia; eyaculación precoz, coitus interruptus o reservatus resulta en neurosis de angustia; experiencia sexual pasiva antes de la pubertad y con irritación efectiva de los genitales realizada por otra persona resulta en histeria; y, acontecimiento sexual que causa placer, agresión sexual inspirada en el deseo o participación con goce en las relaciones sexuales (en la niña), resulta en neurosis obsesiva; de esto último, lo que acontece en la histeria y la obsesión es lo que se conoce como la teoría del trauma. En cuanto a la histeria y la obsesión, observan cierta afinidad del lado femenino y masculino respectivamente (Freud, 1896/1999: 155).

La importancia de la sexualidad como causa eficiente de las neurosis ha quedado establecida, es una sexualidad donde lo que cuenta es la experiencia real y efectiva, en el caso de las neurosis actuales; ¿qué ocurre con las psiconeurosis? La cuestión es diferente, el vivenciar sexual ha ocurrido en la infancia y de él sólo queda un recuerdo, ¿fue real el acontecimiento? Hasta este momento Freud cree que así es.

En agosto de 1897 Freud comienza a manifestar dudas acerca de la concepción que hemos venido esbozando, conocida como la teoría de la seducción por algunos y del trauma por otros y que en ese momento llama *la neurótica*. En septiembre del mismo año las dudas se convierten en una certeza y dice: *Ya no creo en mi neurótica*, ¿Qué lo lleva a ello? Arguye cuatro razones: no puede llevar los análisis a su consumación, la sorpresa de que en un gran número de casos el padre sea el



seductor (incluido el de Freud mismo), la intelección de que en el inconsciente no existe signo de realidad lo que conlleva a que no se distinga la verdad de la ficción y, ni en las psicosis el recuerdo supera la resistencia de lo consciente (Freud, 1897/1998: 301-302). De estas argumentaciones, la segunda adquiere tal peso que va a sentar las bases para la sustitución de la teoría de la seducción y ella lo conduce a una nueva solución respecto al problema de la sexualidad: abandona la idea del acontecer real por la fantasía que se adueña casi siempre del tema de los padres.

Con esto se entra a una nueva época en el desarrollo del psicoanálisis, época más fructífera y que conduce a nuevos descubrimientos. Hasta este momento la sexualidad es lo que aparece como inconciliable para el yo, aún con muchos matices de realidad que culminan con el descubrimiento del papel de la fantasía.

### 3. LA OTRA SEXUALIDAD, LA DE LA INFANCIA.

La mención expresa del abandono de la teoría de la seducción, como hecho acaecido, la realiza Freud en su texto *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis* (Freud, 1906/1998: 266). Tal modificación sólo fue posible luego de reconocer la importancia de la sexualidad infantil, desarrollos plasmados en el texto *Tres ensayos de teoría sexual*, (Freud, 1905/1998), ahí establece: hay una práctica sexual infantil olvidada, la amnesia de la infancia oculta los comienzos de la propia vida sexual y esto es lo que ocasiona que no se le haya otorgado valor al periodo infantil en el desarrollo de la vida sexual; se reconoce así, de modo expreso, la existencia de una pulsión sexual desde la infancia (Freud, 1905/1998: 158-159) y de un intento de olvido bajo el título de amnesia infantil. ¿Por qué querer olvidar lo acontecido o lo fantaseado? ¿Es tan inconciliable con el yo? ¿Es tal el horror que provoca? La cuestión que planteamos al inicio no ha sido dejada de lado en ningún momento.

Ahora bien, si la amnesia infantil oculta esos comienzos de la vida sexual ¿de donde surgen los relatos de seducción que narran las histéricas y que dan lugar a la teoría del trauma? De la fantasía, dice Freud. Fantasía que es una invención de recuerdo, ficción que oculta lo realmente ocurrido en los hechos y el deseo infantil en juego, adquiriendo el carácter de realidad para quien la relata (Freud, 1906/1998, 266). La

amnesia infantil es resultado de un olvido voluntario –en el sentido arriba mencionado-, un espacio vacante en la trama de representaciones, en cierto modo un hueco, un vacío en el yo que le provoca angustia y que para evitarla es llenado, sustituyendo el acontecimiento, por una fantasía acorde a lo conciliable con él; así es como se inventa el cuento o novela familiar del neurótico. Para apoyar la idea del hueco en el yo que provoca angustia o por lo menos un malestar, recurrimos al expediente de la experiencia posterior a una tremenda borrachera, donde al salir del estado de embriaguez, el sujeto no recuerda lo que dijo o hizo y recurre a los compañeros de parranda intentando llenar ese hueco, ese vacío.

En el texto *Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis* queda establecida de modo definitivo la tesis de la preponderancia de la sexualidad infantil en la etiología de las neurosis, a la que se pueden sumar otros factores (hereditarios, constitucionales y accidentales) pero que por sí mismos no podrían producirla. También que la defensa ejercida por el yo (la represión), a causa de su inmadurez, se da ante esas representaciones que no puede manejar, lo que puede resultar en una histeria u obsesión cuyos *síntomas figuran la práctica sexual de los enfermos*, sea en su integridad, sea una práctica parcial, que procede de las fuentes parciales, normales o perversas de la sexualidad (Freud, 1906/1998: 269). Con esto parece quedar aclarada la fuente del horror que experimenta el yo y que lo obliga a reprimir eso que es inconciliable y sustituirlo por otra cosa, sólo que, nos parece, planteadas así las cosas, sólo se cambió la teoría del trauma/seducción por la teoría del trauma/infantilismo de la sexualidad. No es que consideremos que el cambio de concepción trazado no tenga importancia, mas bien, nos parece que debe haber algo más, algo que provoque tal horror que no le queda otra opción al yo que reprimir eso inconciliable. Nos parece que la respuesta apunta a lo señalado al final del párrafo anterior, en el sentido de que el yo tiene horror al vacío.

#### 4. HORROR AL VACÍO

En sus escritos: *Tres ensayos de teoría sexual* (1905/1908: 176-177) y en *El esclarecimiento sexual del niño (Carta abierta al doctor M. Fûrst)* (1907/1999), Sigmund Freud enfatiza que el niño tiene interés en saber acerca del sexo, que la sexualidad está presente desde el nacimiento y los órganos sexuales no son las únicas partes del cuerpo que procuran sensaciones sexuales placenteras, además,

de que el niño es capaz de la mayoría de las operaciones psíquicas de la vida amorosa (la ternura, la entrega, los celos) que lo ponen frente a los enigmas de la sexualidad (Freud, 1907/1999: 116-117). ¿Cómo responde el niño a estos enigmas? Con un interés intelectual, un *apetito de saber sexual* (Freud, 1907/1999: 117), con el ejercicio de una pulsión de investigar y con una investigación efectiva que se concretiza en la producción de las teorías sexuales infantiles.

Ese apetito de saber, que equivale al postulado de una llamada por muchos, pulsión epistemofílica, es grato a la sociedad y a la cultura, aunque su tema pueda ser la sexualidad, porque viene a coincidir con lo dicho por Aristóteles cuando define al hombre como ser racional, con los ideales de la cultura que apuntan al dominio de lo pulsional en el hombre y, con las aspiraciones del yo. La existencia de una pulsión epistemofílica es acorde al narcisismo del yo, a su afán de dominio, de completar, de completar(se) y a su ilusión de omnipotencia. Tal pulsión, dice Freud, es un montaje de la pulsión de ver y de apoderamiento, no es básica en su origen como sí lo son las pulsiones sexuales; montaje del yo para evitar saber de algo, siendo la teoría sexual construida una sustitución de lo inconciliable, una forma de defensa ante ello. La cuestión es, de qué se defiende el yo, siguiendo a Freud encontramos ya algunas respuestas, las cuales, giran en torno a la sexualidad, pero nos parece que algo falta, que sólo se ha bordeado la cuestión. Prosigamos.

El niño construye teorías sexuales: todos los seres humanos tienen pene, sobre el nacimiento u origen de los niños y la concepción sádica del coito. ¿Por qué lo hace? Podríamos pensar que lo hace porque hay cosas que le son incomprensibles e inexplicables, sin embargo, esta respuesta no nos es del todo satisfactoria, implicaría la existencia efectiva y primaria de la pulsión de saber, más bien, concordamos con Freud cuando dice *El esfuerzo de saber de los niños en modo alguno despierta aquí de manera espontánea... sino bajo el aguijón de las pulsiones egoístas que lo gobiernan...* (Freud, 1908-1999: 189), lo cual coincide con lo que mencionábamos arriba acerca de los intereses del yo, no de saber sino de no saber.

Eso nos conduce nuevamente a la pregunta ¿qué es lo que no se quiere saber? ¿De las teorías sexuales que construye el niño, en cuanto sustituciones de otra cosa y más allá de la correlación que hay entre ellas, hay alguna que tenga un peso mayor y sea más grávida en consecuencias? Freud encontró una respuesta a estas

preguntas al escuchar esa concepción infantil que dice que todos los seres humanos tienen un pene. Creencia que, nos parece, muestra su veracidad cuando Freud trabaja en un campo diferente a la histeria y la obsesión, en el campo de la fobia, específicamente, con el pequeño Hans. Caso que gira en torno a la creencia de que todos los seres humanos -incluso las cosas- tienen pene, la posibilidad de perderlo, la angustia que a esa amenaza se anuda y el débil y frágil equilibrio que logra Hans al final del tratamiento. En suma, el caso trata del complejo de castración.

La primera vez que Freud usa la expresión Complejo de castración, aunque ya había hecho alusión la castración en *La interpretación de los sueños*, lo hace diciendo que a la amenaza de castración se anuda el espanto (Freud, 1908-1999: 193), el cual se produce, no cabe otra forma de entenderlo, al vislumbrar algo hasta ese momento impensable. Como decíamos, es en el caso del pequeño Hans que encontramos con mayor nitidez esta nueva concepción: la castración como aquello que provoca tal horror y espanto que el yo se ve forzado a reprimir o desmentir esa representación que le es inconciliable. Horror al vacío que deja la separación o pérdida del falo y que se intenta remediar con las teorías sexuales infantiles, con los relatos de seducción de las histéricas, con los síntomas histéricos, obsesivos y fóbicos, con la desmentida de la perversión, con las creencias religiosas, con la filosofía y con la ciencia. Así planteadas las cosas parece que toda creación humana apunta a tapan el agujero de la castración ¿Es esto exagerado? Por lo menos lo parece. Tratemos de esclarecer porque tiene tal relevancia el complejo de castración y si es posible que toda tentativa del yo de construir un saber se anude a ella.

## 5. LA CASTRACIÓN

¿Qué significa castración en psicoanálisis? El término castración nos remite al corte o extirpación de los genitales pero, en psicoanálisis, tiene una mayor complejidad en cuanto a su significado, lo que además, se vuelve más específico si se habla del niño o de la niña. La castración, entonces, sí alude a un corte o pérdida, pero la referencia es a un solo genital, *ya que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo* (Freud, 1923/1997: 146). Además no se trata de una castración real sino de las fantasías que se producen a partir de una amenaza que en sí misma y en un primer tiempo no genera angustia, cómo en Hans. Lo anterior podemos detectarlo en los

dichos de los niños, como cuando, en un primer momento, elabora una creencia que otorga pene a todos los seres humanos, a veces incluso a los objetos; posteriormente, el niño descubre, a partir de indicios (la postura y el sonido al orinar) o a través de la observación directa, que no todos los seres están dotados de ese órgano, y sin angustia desestima esa falta viéndolo a pesar de todo o diciendo que ya crecerá. Sólo después de esto es que la amenaza puede llegar a cobrar vigencia en relación a él mismo y el infante puede llegar a la conclusión de que estaba pero fue removido, que se puede perder, surgirá entonces la angustia y así entrar en acción la represión, o bien, tomar otro camino y renegar al mismo tiempo que reconocer la castración femenina, como es el caso del fetichismo.

Así es como, en el caso del varón, concluye que la falta de pene es el resultado de una castración de la que él también puede ser objeto (Freud, 1923/1997, pág. 147). Mientras que en el caso de la niña, que de inicio se percibe castrada, y habiéndolo aceptado, dirigirá un reclamo a la madre por no haberla dotado de pene, surgiendo así el deseo de niño del padre. Tal es la significatividad del complejo de castración que así aporta una respuesta, forzada, al enigma que plantea la diferencia anatómica y psíquica de los sexos. Como se puede notar, la castración parece afectar de un modo al niño y configurarse de otro modo para la niña.

Es necesario recalcar que *Sólo cabe hablar de complejo de castración cuando esa representación de una pérdida se ha enlazado con los genitales masculinos* (Freud, 1923/1997: 148) y que el complejo se produce al seno de las relaciones amorosas del complejo de Edipo, el cual, sucumbe a la represión, es sepultado, se va a pique, es resignado, *zozobra formalmente bajo el choque de la amenaza de castración*, en el caso de los varones (Freud, 1925/1997: 275); mientras que en la niña es lo que lo introduce y lo posibilita. Como se puede notar, es diferente el posicionamiento de la niña frente a la castración, sin embargo, eso no quiere decir que se encuentre excluida de la preeminencia del falo.

Ahora bien, ¿por qué la castración se vuelve amenazante para el infante? Encontramos en Freud dos respuestas, en una, la amenaza de castración pone al yo frente a la posibilidad de la castración como separación y pérdida de la posibilidad de unión con el sustituto de la madre en el coito. Tal es la tesis de Ferenczi y que Freud retoma en *Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas*

*entre los sexos* (Freud, 1925/1997: 275), lo mismo que en *Inhibición, síntoma y angustia* (Freud, 1926/1998: 131). Cuánto valor habría que conceder a este último argumento, nos parece incierto ya que suena a una más de las fantasías que elabora el yo; la otra respuesta, que nos parece más adecuada, y que afecta tanto al niño como a la niña, dice: la percepción e ideación, de la castración contra la que se revuelve el yo reprimiéndola o desmintiéndola, obedece al hecho de que el yo percibe como daño narcisista cada pérdida de un objeto libidinal; el horizonte de la pérdida del pene o su no posesión, que reviste una máxima valoración, se constituye en la máxima amenaza a su integridad.

El horror a saber, por lo tanto, y al parecer con mayor peso para el varón, es a saber de la castración, esta es el motor que impulsa la producción de las teorías sexuales infantiles punto de arranque de la pulsión de saber. Esta tesis, en líneas generales, es aplicable tanto al varón como a la mujer, a pesar de las diferencias de los sexos, y al parecer, atañe finalmente al daño narcisista que puede sufrir el yo: en el niño, como posible de suceder y en la niña como algo ya acaecido.

Cabe preguntarnos, si el carácter amenazante de la castración reside sólo en el daño narcisista que infligiría al yo o hay algo más, cuestión que dejamos pendiente por ahora.

## 6. ¿EXISTE LA PULSIÓN EPISTEMOFÍLICA?

Planteábamos al inicio que el saber ligado a la sexualidad y al amor puede, por lo que genera en el yo, tener varios destinos: ser reprimido, desmentido o negado, lo común en todos ellos es que es apartado de la conciencia por el *horror* que provoca. En directa contraposición a lo anterior, encontramos que Freud postula la existencia de una pulsión de saber, que aunque no es básica estaría presente a partir de los interrogantes que el niño se hace acerca de la sexualidad.

Luego del recorrido por algunos de los textos freudianos, nos vemos llevados a concluir que las dos posturas arriba planteadas son básicamente incompatibles, al parecer son excluyentes entre sí. Hay una época de su vida en que el niño no se pregunta acerca de la sexualidad, de cómo nacen los niños, de si es amado o lo es otro o de la diferencia de los sexos; ¿hay un saber ahí? No, es como el no saber de Adán en el paraíso, un estar sin saber, hasta antes de comer la fruta prohibida; sólo

después de comerla, Dios mediante, se abren los ojos a la desnudez de la diferencia de los sexos, de la castración y de la muerte.

Sin embargo, todavía nos preguntamos si la conclusión puede ser tan tajante, si existe un saber que no sea un intento de obturar la falta, la castración. Eso implicaría un saber que no tenga relación con la sexualidad o la castración, un saber que exista fuera de toda relación con otro, un saber que fuera producido u obtenido por el sujeto fuera de toda relación mediada por otro. ¿Tal cosa es posible? Nos parece que no. esto es planteado por Freud mismo en el texto que llama *La psicología del colegial*.

Hay también una cuestión que no puede ser obviada como si no existiera: lo que provoca horror no deja de ejercer cierta fascinación y atraer la mirada. Freud, mediante la cabeza de medusa hace referencia a la castración, según lo que conocemos del mito todo el que la miraba se convertía en piedra; ¿por qué mirarla sabiendo del terrible destino que deparaba? ¿No ocurre lo mismo al niño en relación a la diferencia de los sexos, a la castración, que no puede dejar de mirarla?

A partir de esto es que podemos pensar que algo puede ser alcanzado en relación al saber, marcado ineludiblemente por la castración; pero no a partir de una pulsión de saber o pulsión epistemofílica, que si fuera pulsión lo sería del yo; sino de una posición asumida por el sujeto frente a aquella y donde el narcisismo del yo no hace voltear la mirada ante el vacío para reprimirla, desmentirla o negarla.

## **REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS**

FREUD, S. (1895/1999). A propósito de las críticas a la <neurosis de angustia>. En *Obras completas, T. III*. Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1925/1997). Algunas consecuencias psíquicas de las diferencias anatómicas entre los sexos. En S. Freud, *Obras completas, T. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.

FREUD, S. (1907/1999). El esclarecimiento sexual del niño (Carta abierta al doctor M. Fûrst). En S. Freud, *Obras completas, T. IX*. Buenos Aires: Amorrortu.

- FREUD, S. (1926/1998). Inhibición, síntoma y angustia. En S. Freud, *Obras completas, T.XX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1896/1999). La herencia y la etiología de las neurosis. En S. Freud, *Obras completas, T. III*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1923/1997). La organización genital infantil. En S. Freud, *Obras completas, T. XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1894/1999). Las neuropsicosis de defensa. En S. Freud, *Obras completas, T. III*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1906/1998). Mis tesis sobre el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. En S. Freud, *Obras completas, T. VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1893/1999). Sobre el mecanismo psíquico de fenómenos histéricos. En S. Freud, *Obras Completas, T. III*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1895/1999). Sobre la justificación de separar la neurastenia de un determinado síndrome en calidad de <neurosis de angustia>. En S. Freud, *Obras completas, T. III*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1908-1999). Sobre las teorías sexuales infantiles. En F. S., *Obras completas, T.IX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1905/1998). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras completas, T. VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1897/1998). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. En *Obras completas, T. I*. Buenos Aires: Amorrortu.